

CAPÍTULO IV.

PORTUGAL Y COLÓN.

HAS armonías entre los destinos y las vocaciones individuales no pueden desconocerse, pues se demuestran en todo el transcurso de la humana historia y en todas cuantas biografías andan escritas de los personajes, conspicuos y superiores, dignos, por mil conceptos, de universal estudio. No perteneciera Colón á los marinos primeros de la humanidad si dejara de sentir inclinaciones hacia Lisboa, donde comenzó la navegación oceánica en grande, tan superior en su esfuerzo y en su dilatación á las navegaciones mediterráneas como las navegaciones mediterráneas á las antiguas navegaciones fluviales. ¡Cuál diferencia entre la caravana patriarcal y errante, que lleva por el desierto á lomo de camello la tienda nómada, y el madero echado á las aguas de los grandes ríos, que aumenta el movimiento disminuyendo el esfuerzo, y presta, por una mayor facilidad en las comunicaciones, impulso al cambio y al comercio! Pues la cultura del mundo comienza por las ciudades fluviales, por Babilonia y Nínive, á las orillas del Eufrates y del Tigris; por Tebas, con sus cien puertas, á las orillas del Nilo; por Jerusalén y su templo, á las orillas del Jordán. Pero esta civi-

lización se hubiera estancado, persistiendo en sus formas orientales y asiáticas, de no haber existido las ciudades marinas como Tiro, como Cartago, como Atenas, como Corinto, como Siracusa, como Marsella, como Venecia, como Barcelona, que convirtieron la civilización fluvial asiática en civilización europea mediterránea. Y así como la barca fluvial supera en mucho al camello nómada, y el barco marino á la barca fluvial, superan en mucho á las navegaciones por el mar interno, que llamamos nuestro los levantinos, las navegaciones por el mar Océano, infinito é insondable. Pues lo que fuera la Efrón de Abraham en los tiempos primitivos; lo que fuera la Nínive de Semíramis en los tiempos fluviales; lo que fuera la Cartago de Dido en los tiempos mediterráneos; es la Lisboa del infante D. Enrique y del hermano suyo D. Fernando en las edades oceánicas. La caravana comunica los desiertos entre sí, el desierto caldeo con el egipcio, el desierto egipcio con el arábigo, el desierto arábigo con el israelita en tiempo de los Patriarcas; la navecilla fluvial el desierto con el río, Nubia con el Nilo, Caldea con el Tigris y el Eufrates; la barca mediterránea los pueblos sitos en las dos orillas de tan hermoso mar; la navegación oceánica concluye por comunicar entre sí los continentes y por circunvalar el planeta. Como las semanas cumplidas por el mesianismo religioso traen á Cristo en su hora oportuna, las promesas y las esperanzas científicas traerán á su hora oportuna también los reveladores del mundo. Y como Cristo, natural de Galilea, tendrá que predicar en Jerusalén, por hallarse allí el templo de Dios; Colón, natural de Génova, tendrá que personarse á su vez en Lisboa, por hallarse allí el templo de la ciencia. Todo aflúa entonces á la desembocadura del Tajo. Desde los normandos á los mallorquines buscaban allí las relaciones comerciales y los conocimientos náuticos. El Preste Juan de las Indias, asentado en su silla de oro puro; la ciudad aquella de Catay, donde se medían las perlas como el trigo, á cahices; los templos del gran Mogol, rematados por enormes rotondas compuestas de rubíes y esmeraldas y zafiros; el

Océano de tinieblas, tras cuyas ondas brumosas lucían palacios fabricados con estrellas y embellecidos con rosadas auroras permanentes, veíanse lucir y esplender en las encrucijadas de Lisboa, porque todo el mundo los llevaba en su retina, como fiel trasunto de profunda mirada interior que trascendía de los espíritus á los ojos. Pues el colosal personificador de tales aspiraciones debía ir allí, si en realidad estaba designado por providenciales acuerdos, á preparar y aperebir en la realidad lo mismo que tenía en la idea: un mundo ignorado y nuevo. Y esta decisión suya, decisión reflexiva, deliberada, voluntaria, consciente, no casual, como quieren aquellos que lo arrojan á las playas portuguesas tras deshecha borrasca y trágico naufragio, proviene de la voz oída en su interior á la continua, de una voz del pensamiento íntimo, propulsor que lo mueve y lo determina en su obra. Las relaciones entre los pueblos occidentales de la península itala y los pueblos occidentales de la península ibera en todos los siglos medios aparecen estrechísimas. Se comprende y explica por el contacto entre Cataluña é Italia que fueran almirantes aragoneses héroes como Roger de Lauria; se comprende y se explica por el dominio de Carlos V sobre toda la tierra que desempeñara largo tiempo el almirantazgo español un marino genovés como Andrea Doria: la presencia de los genoveses en Galicia y Portugal solamente puede uno explicársela por el superior concepto que los genoveses alcanzaban entre gallegos y lusitanos. Lo cierto es que Oliveira Martins, el gran historiador de Portugal, declara maestra de Lisboa en marítima navegación á Génova. Y, con efecto, allá, por el siglo undécimo, el Obispo de Compostela ó Santiago encargaba pilotos á la Liguria; y más tarde, un Rey tan sabio como D. Denis de Portugal, vinculaba y amayorzaba el almirantazgo portugués en la ilustre familia genovesa de los Pezzagnas. Reuniéndose tal número de pobladores extraños en Lisboa por los siglos décimocuarto y décimoquinto que su cronista la llama ciudad grandísima de desvariadas gentes, debía parecerse, no á Venecia, donde había tres factores predominan-

tes, griegos y esclavones y latinos, á lo que ahora mismo son la ciudades, como Buenos Aires, como Nueva York, como tantas y tantas de América pobladas por colonos idos allí de los cuatro puntos cardinales del aire. Para mí Lisboa ejerce una influencia decisiva en el ánimo de Colón y le presta con los caracteres de universalidad, por ella desde la centuria décimacuarta tomados, aquel ensueño gnóstico que lo mantenía en perpetua neurosis de alucinación y esperanza. Cuando se ven las naves de todos los puertos y se trata con las representaciones varias de todos los climas y se oyen los acentos de todas las lenguas y se asiste al cambio de todos los productos y se respira el espíritu de todos los climas y se tocan los resultados del comercio entre todas las mercancías; una de esas almas, en las cuales desembocan los ríos de ideas, alma comprensiva y luminosa, concibe las síntesis supremas y universales, á que suelen deberse de antiguo las revoluciones, así políticas como artísticas, literarias como científicas, á cuyo poder se transmite desde una edad á otra el ser de las sociedades humanas y se tuercen las corrientes del tiempo. Así, aquellos que prestan culto á lo antiguo, el poeta y el historiador, por motivo y razón de su oficio, romántico el uno y reaccionario el otro, revuélvense contra los que han cambiado la naturaleza de los pueblos y disuelto la sangre propia de éstos y sus ideas nativas en el cuerpo y en el espíritu de la humanidad. El planeta se iba ensanchando al influjo de Lisboa, y el espíritu se iba engrandeciendo bajo el ala de un cielo y de un mundo agrandados: no cabía dudar que los intereses antiguos y los antiguos principios se iban poco á poco achicando en proporción matemática y exacta con el engrandecimiento de la tierra toda y del alma universal. Como la nueva grande astronomía destronaba nuestro planeta de aquel centro de la creación, donde lo habían colocado las supersticiones de otros tiempos, obedientes al testimonio de los sentidos, el influjo de Lisboa iba disminuyendo poco á poco el influjo de Venecia y Génova, como la invención de nuevas regiones y ciudades, andando el

tiempo, debía disminuir el influjo soberano por Lisboa ejercido en los últimos años de la Edad Media. No recogeríamos el fruto, si la simiente no se pudriese y desapareciera en su obra, como no abríamos la cuna para las generaciones recién llegadas, si no cerráramos el sepulcro sobre las generaciones extintas.

¿Cuál misteriosa relación entre las escuelas artísticas del Renacimiento, fundadas por los Médicis en Florencia, y las escuelas experimentales de Náutica, fundadas por los hijos de D. Juan I en Cabo Sagres? Las academias de las orillas del Arno miraban á lo pasado, mientras las escuelas de las orillas del Océano miraban á lo porvenir. Predominaba en aquéllas la interior astronomía del pensamiento y en éstas la exterior astronomía del cielo. Allí tañían dedos rosados liras y cítaras; desbastaban agudos cinceles mármoles y bronces; animaba el pincel, mojado en paletas de iris, las tablas; el Verbo, henchido por ideas platónicas, á su vez animaba los espíritus, surgiendo de todo esto la evocación de Grecia representada por sus estatuas: mientras aquí abordaban pilotos de todos los mares conocidos; enseñaban la geografía y sus adelantos, mapas de todos los territorios explorados y aun de los territorios explorables ó supuestos; se aplicaba con verdadera novedad á los trabajos y operaciones de la navegación el astrolabio, ideado para pasear la idea por el cielo; encendían llamas de pensamientos abstractos en las estrellas los discípulos de Raimundo Lulio, ya por aquella sazón muerto para el mundo, mas redivivo en la ciencia; daba lecciones prácticas de marear el consumado nauta Jaime de Mallorca; y andaban de labio en labio, realizados por la imaginación de tanto experto allí reunido, los fantaseos increíbles de Marco Polo, cual de memoria las noticias prácticas de Valseca, formándose con todo esto una especie de materia radiante científica, la cual, tarde ó temprano, había de condensarse y formar un verdadero núcleo central en el espíritu y en el pensamiento de Cristóbal Colón, destinado, como los artistas florentinos á evocar el

mundo de la Historia y de la tradición, él á evocar el mundo de la Naturaleza y de la Libertad. Los espejismos formados por las reverberaciones del éter en las aguas luminosas del Océano y las esperanzas caídas en los senos del alma desde los salmos y libros de las profecías religiosas; la grande Atlántida, evocada en los místicos banquetes de Platón, y la tierra nueva, puesta por Séneca en sus tragedias allende los términos entonces conocidos del cielo y del mar; las experiencias racionales y científicas de sabios consultados cual oráculos, y los anuncios de almas extáticas, como aquellas que profetizaban una floescencia nueva en el mundo aparecíanse por los horizontes de Portugal como esas nubes extendidas por los bordes oscuros del ocaso, que os fingén, á la refracción de los últimos rayos solares en sus arbolados vapores acuosos, ya castillos, ya palacios inmensos, ya legiones de ángeles apocalípticos, ya mares de topacio, ya cordilleras de rubíes y esmeraldas, un cuadro disolvente de multicolores matices que inspiran y sugieren, por su parte, brillantísimos fantaseos al contemplativo espectador poeta. ¿Comprendéis una concordancia mayor que la existente por ley natural entre la situación ó estado íntimo del alma de Colón y la situación ó estado intelectual de Lusitania en tiempo tan creador como este del Renacimiento? Las ocupaciones de la inteligencia individual del Profeta resultaban ocupaciones del intelecto colectivo de un pueblo. Todo el mundo en los muelles de Lisboa calculaba, preveía, se fijaba en el cielo y en el mar, iba en pos de tierras desconocidas, formaba ese poema de la navegación y de los descubrimientos condensado luego en el poema de Camoens, como en la *Iliada* y en la *Odisea* de Homero se condensara el poema oral cantado de puerta en puerta por los aedos helénicos errantes. Colón recogía por los poros allí el ideal de su ciencia, como esas canoras aves que recogen por todos los cañones de sus plumas y respiran el aire vital donde vuelan y se mecen. Durante los tiempos anteriores á la conquista romana, en el Cabo Sagres, la noche del plenilunio, al subir á su me-

lancólico zenit el astro de la poesía y de la tristeza, iban en espíritu, requeridos y reclamados por los salmos y los ritos druidas, los muertos á rozar la superficie del oleaje y las ramas del encinar, entre fórmulas de conjuros y humaredas de sacrificios, vibrando unísonas, como vibran las copas de los pinos al viento del Océano. Pues como ha dicho un gran escritor, así en aquella centuria extendida entre la Edad Media y la Edad Moderna, iban las ideas científicas, no como almas en pena, como espíritus vivos, al Cabo Sagres, y formaban sistemas compuestos de series diversas, como forman constelaciones los segmentos del cielo, y vías lácteas en la infinidad del tiempo y del espacio los sistemas solares aglomerados en las inciertas nebulosas. Todo el mundo gritaba, siguiendo la voz y la bandera del infante D. Enrique: «África». Todo el mundo hablaba de un continente, como el africano, ceñido por palmeras que daban dulces dátiles y áureas mieles; aromado por azahares, que sugerían, como pebeteros gigantes, ardorosa voluptuosidad; recorrido por misteriosos ríos que se creían fluyentes de la luna; ornado por patios como los de Sevilla y por aljamas como la de Córdoba y por palacios como los del Darro y del Genil; con pavimentos más muelles que las alfombras de Persia, con tejas de oro macizo, con estancias edénicas, donde los aires trascendían á especias suaves, y resonaban, al son de guzlas invisibles, tañidas por ángeles de cielos no soñados, melodiosas canciones acompañadas por concertadísimas orquestas. Veía Colón caer los pinos, al hacha, en las aguas; citarse los caballeros á torneos permanentes; ponerse las damas los colores del más arriesgado; pedir los frailes puesto en las expediciones; aprontar auxilios los codiciosos mercaderes; reunirse desde los escandinavos hasta los griegos en las numerosas tripulaciones; excitar los trovadores á la exploración y á la cruzada con sus cánticos, mientras en el mar desierto iban surgiendo islas como las Azores y Madera, tendidas, preciosísima sarta de perlas, entre los extremos del continente africano y los extremos del europeo conti-